

La historiografía reciente sobre la historia de la Iglesia en México (1984-1994)

Elisa LUQUE ALCAIDE

La historiografía de México en los últimos diez años se ha interesado en modo progresivo por los temas de historia de la Iglesia. Los títulos recientes se adscriben no sólo a los centros e investigadores del ámbito eclesiástico, entre los que ya se encuentra la Universidad Pontificia de México, sino en mayor número a las instituciones académicas civiles de prestigio en el país¹; estas mismas instituciones han celebrado congresos sobre temas relacionados con la historia de la Iglesia² y han impulsado publicaciones sobre esta temática. En torno a los años 90, con ocasión de la reanudación de relaciones entre el estado mexicano y la Santa Sede, este interés ha alcanzado unas altas cuotas. Así lo reflejan los estudios historiográficos aparecidos en esos años³.

1. Instituciones a nivel nacional, como la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), el INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia), la UIA (Universidad Iberoamericana), El Colegio de México, la SEP, el Centro de Estudios Históricos (Condumex), o la Universidad Autónoma Metropolitana, y a nivel regional como las Universidades Autónomas de Guadalajara y de Querétaro, El Colegio Mexiquense, El Colegio de Jalisco, El Colegio de Michoacán, El Colegio de Sonora, El Colegio de la Frontera Norte, entre otras, han impulsado estudios, investigaciones y seminarios.

2. I Congreso de Manifestaciones Religiosas en el Mundo Colonial Americano, Tlaxcala, en abril de 1991, organizado por la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, por el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, por el Centro de Estudios de Historia de México [Condumex] y por el Gobierno del Estado de Tlaxcala, conjuntamente. En 1994 ha tenido lugar el Congreso sobre Monacato femenino en México, organizado por el Centro de Estudios de Historia de México [Condumex].

3. En 1991 se publicó la primera historiografía sobre Historia de la Iglesia en la Nueva España. Promovida por el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana y coordinada por Antonio Rubial García, profesor en la UNAM, y por Clara García Aylardo,

El dato más relevante de la historiografía reciente sobre la Iglesia en México es la publicación, en los últimos diez años, de tres nuevas historias generales de la Iglesia en México⁴:

1. Alcalá Alvarado, Alfonso (coord.), *Historia General de la Iglesia en América Latina, V. México*, Cehila-Sígueme-Paulinas, México 1984, 508 pp;

2. Blancarte, Roberto, *Historia de la Iglesia Católica en México*, Colegio Mexiquense-FCE, México 1992, 447 pp;

3. Puente Lutteroth, M^a Alicia (ed.), *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, prólogo de Sergio Méndez Arceo, Edit. Jus-Cehila, México 1994, 264 pp.

Este dato adquiere mayor significación si tenemos en cuenta que diez años antes, en 1974, tan sólo se disponía de dos obras específicas: la *Historia de la Iglesia en México*, del P. Mariano Cuevas, en cinco volúmenes, los cuatro primeros editados en México desde 1921 a 1926 y el quinto, en El Paso [Texas], en 1928⁵; y los breves *Apuntamientos de Historia eclesiástica Mexicana*, de Jesús García Gutiérrez aparecida en 1922⁶; a estas dos obras vino a sumarse en 1974, la *Historia de la Iglesia en México*, de José Gutiérrez Casillas; todas ellas de historiadores eclesiásticos. En 1975 se añadió un cuarto título *La Iglesia en la historia de México*, de Carlos Alvear Acevedo⁷, con una línea interpretativa en continuidad con los anteriores.

de la Iberoamericana, lleva por título *La vida religiosa en el México colonial. Un acercamiento bibliográfico*; el año siguiente, 1992, Leonor Correa, Iñigo Fernández, Martha Pacheco, Ignacio Rodríguez, Patricia Torres R., y Valentina Torres Septién, publicaban en «Umbral XXI», Revista de postgrado de la Universidad Iberoamericana: *Iglesia, Estado y sociedad: una bibliografía comentada*, resultado de un seminario de investigación de postgrado, dirigido por Guillermo Zermeño; se centra en la historia contemporánea de México y tiene en cuenta otras iniciativas sobre el tema. Cfr. *Bibliografía sucinta sobre relaciones Iglesia-Estado en México*, en «El Cotidiano», 35 (V-VI-1990) 86-88; R. Blancarte, *La producción historiográfica (1968-1988) sobre la Iglesia católica en México*, en «Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista», Comité Mexicano de Ciencias Históricas, México, D. F. 1990; M. Ceballos, *La historiografía mexicana y la Iglesia católica [1968-1988]*, en *ibidem*; J. P. Bastian, *La heterodoxia religiosa en la historiografía mexicanista de 1969 hasta la fecha*, en *ibidem*; Leonor Correa et al., *Iglesia, Estado y sociedad: una bibliografía comentada*, en «Umbral XXI», 9 [1992] 46-67.

4. Además, han salido una reimpresión de la *Historia de la Iglesia en México*, de Mariano CUEVAS, 6^a ed. Porrúa, 4 vols., México 1992, y la tercera edición de la *Historia de la Iglesia en México*, de José GUTIÉRREZ CASILLAS, Porrúa, México 1993: ésta última revisada y puesta al día.

5. M. CUEVAS, *Historia de la Iglesia en México*, 1-4 vs., Tlalpan, México, 1921-1926; 5 v., El Paso, Texas, 1928.

6. J. GARCÍA GUTIÉRREZ, *Apuntamientos de Historia eclesiástica Mexicana*, México 1922.

7. C. ALVEAR ACEVEDO, *La Iglesia en la historia de México*, Edit. Jus, México 1975.

Historiografía reciente sobre la historia de la Iglesia en México

Una primera ojeada a las tres nuevas historias de la Iglesia de México nos permite afirmar que, en torno a los años 80/90, algo ha cambiado en los estudios históricos sobre la Iglesia en México. Ante todo, los equipos que impulsan los recientes trabajos. Dos de estas obras [nn. 1 y 3] son debidas a la dinamicidad del trabajo llevado a cabo por CEHILA: la primera coordinada por Alcalá Alvarado, Doctor en Historia eclesiástica por la Universidad Pontificia Gregoriana, profesor en la Universidad Pontificia de México y miembro del Pontificio Comité de Ciencias Históricas; la segunda dirigida por M^a Alicia Puente Lutteroth, coordinadora de CEHILA en México, vicepresidenta de esta Comisión, graduada en Sociología por la Universidad Iberoamericana y especialista en Sociología religiosa por la Universidad de Lovaina; el tercer título es de Roberto Blancarte, doctor en Ciencias Sociales por la École des Hautes Études en Sciences Sociales [EHESS], de París, integrado en los planes de investigación del Instituto Nacional de Antropología y Arte y de El Colegio Mexiquense. Aparecen ya dos datos de interés en la historiografía mexicana sobre la Iglesia: la presencia de investigadores del ámbito académico civil y el intercambio con centros y corrientes internacionales.

Las historias de Alcalá Alvarado y de M^a Alicia Puente Lutteroth abarcan todo el arco de tiempo correspondiente a la implantación y al desarrollo de la Iglesia en México, desde los inicios de la evangelización hasta nuestros días: desde esta perspectiva responden al título propuesto. La obra de Roberto Blancarte, tiene unos límites temporales que no corresponden al título general: historia sólo los años comprendidos entre 1929, fecha de los «arreglos» tras la guerra de los cristeros, y 1982.

Metodológicamente las obras de Alcalá Alvarado y de Puente Lutteroth se proponen realizar un estudio del desarrollo de la Iglesia mexicana con una doble perspectiva histórica y teológica. Blancarte, especializado en sociología religiosa en la EHESS, donde imparten sus enseñanzas Ruggiero Romano y Émile Poulat, proyecta su investigación con una metodología sociológica de corte lebrasiano⁸.

1. *Historia General de la Iglesia en América Latina, V. México*, coordinada por Alfonso Alcalá Alvarado

a) *Criterios de periodización*

La obra de Alcalá Alvarado sigue en su periodización el esquema adoptado por CEHILA, que se articula en tres fases: primera época: Cristiandad americana;

8. Gabriel Le Bras, en estrecho contacto con «Les Annales», es el iniciador de la Sociología de la religión que sostiene una buena parte de la historiografía de la Iglesia francesa actual: cfr. G. LE BRAS, *Études de sociologie religieuse*, PUF, 2 vols., París 1955-1956.

segunda época: La Iglesia ante los nuevos Estados; tercera época: Hacia una Iglesia latinoamericana. Estos criterios de periodización se deducen de la relación que la Iglesia mantiene con el Estado, es decir son concebidos desde una dimensión externa, y no a partir del desarrollo interno de la vida misma de la Iglesia. Por otra parte, los enunciados parecen indicar que la Iglesia presente en México hasta 1900, fecha en que comienza la tercera época, no sería propiamente latinoamericana: nos preguntamos ¿se ve como un producto extranjero? En contraste con ello, en la última fase, la que abarca el siglo XX, parecería que se camina hacia una realización efectiva de Iglesia latinoamericana ¿en qué sentido se indica así? Para responder a estos interrogantes deberemos examinar los criterios metodológicos que los autores siguen y los contenidos presentados.

b) *Criterios metodológicos*

El CEHILA se propuso realizar su *Historia de la Iglesia en América Latina* con una doble perspectiva histórica y teológica. En concreto, en la Introducción a este volumen, Enrique Dussel, coordinador general del proyecto, afirma que el trabajo pretende reconstruir históricamente la vida de la Iglesia y hacerlo como un quehacer histórico científico y como un quehacer teológico; y explicita que entiende el quehacer teológico de la historia eclesial como la tarea de reconstruir la historia del Sacramento de Salvación en América, prestando especial atención a la Iglesia de los pobres.

El equipo mexicano, coordinado por Alfonso Alcalá, hizo en su momento unas reflexiones metodológicas que matizaban el enfoque anterior⁹. Los historiadores mexicanos se proponían como objeto de su *Historia* reconstruir lo más fiel y cabal posible los hechos de la Iglesia, mediante el estudio de los documentos. De acuerdo con ese objetivo, añadían, la ciencia histórica ha de excluir todo juicio interpretativo ajeno a su propio objeto y método; la historia no puede confundirse con otras ciencias, ni con la teología, ni tampoco con la sociología, la política, las ciencias de la cultura, etc.; por último, afirmaban, todos los hechos eclesiales son expresiones de un solo cuerpo que es la Iglesia y están en íntima correlación en el tiempo y en el espacio: la periodización ha de evitar fisuras excesivas, o juicios de valor de toda una época que procedan de concepciones ajenas a la ciencia histórica. En resumen, mientras que Dussel concebía su proyecto como una historia con dimensiones teológicas, el equipo mexicano se definía por una historia institucional de la Iglesia considerada metodológicamente como disciplina histórica.

9. A. ALCALÁ ALVARADO, *Enseñanza de la Historia de la Iglesia en América Latina*, en AHIg 5 (1996), *supra*.

c) *La Iglesia de México en la obra de Alcalá Alvarado*

Estos criterios de los historiadores mexicanos establecieron ya una diferenciación respecto a la periodización general de CEHILA. Veamos si esta divergencia se manifiesta en los contenidos de la obra.

El primer apartado, «La Cristiandad americana», se estructura en tres períodos: la evangelización; la organización de la Iglesia; y la vida cotidiana. Este esquema también parecería introducir una contraposición entre la Iglesia que evangeliza y la Iglesia organizada o jerárquica. Los resultados van, por el contrario, en una línea integradora. La labor evangelizadora o misional se recoge en los trabajos de Fidel Chauvet, sobre los métodos misionales y las misiones franciscanas [siglos XVI al XVIII]; y en el capítulo de Alfonso Alcalá Alvarado, sobre la labor evangelizadora de dominicos, agustinos, mercedarios y carmelitas descalzos, y la presencia de la orden de San Benito. La organización eclesiástica en México escrita por José Gutiérrez Casillas, refleja el momento institucional de la Iglesia protagonizada por la jerarquía; al exponer la labor de los obispos aparece de nuevo la presencia de los religiosos evangelizadores que intervienen en los Concilios y Sínodos mexicanos, y colaboran con los obispos; además entre los obispos hay religiosos, tan notables como Zumárraga, Montúfar, o Bartolomé de Ledesma. Las asambleas eclesiásticas, presididas por los obispos, impulsan la labor evangelizadora; la jerarquía se relaciona con el Estado por el Patronato regio e impulsa la cultura a través de instituciones educativas, etc.; presenta Gutiérrez Casillas la labor de los jesuitas, de la que es buen conocedor; y las misiones norteamericanas.

La vida cotidiana de la cristiandad novohispana suscrita por José de Martín Rivera nos presenta una Iglesia enraizada en México y presente en el vivir de sus habitantes. Así lo vemos cuando trata de aspectos más externos, como la reconstrucción de México-Tenochtitlán o el arte cristiano; también cuando el autor nos describe la labor evangelizadora y educativa realizada por los misioneros, o la fundación y desarrollo de las instituciones educativas; también al tratar del clero secular, que hasta ahora no había aparecido; nos acerca a la vida cristiana de los fieles, fundamentalmente de los indígenas recién convertidos, a través de la catequesis y la práctica sacramentaria; de las devociones y fiestas religiosas, de la presencia de las cofradías y de las instituciones benéficas; señala las deficiencias presentes en esta sociedad: en la moralidad de los españoles, en los conflictos entre los miembros de la clerecía y en las idolatrías entre los recién convertidos.

En su conjunto, los autores nos presentan con buena aportación documental y bibliográfica, la implantación y el recorrido de la Iglesia en la Nueva España, una labor llevada a cabo conjuntamente por obispos, por el clero regular y el secular, y realizada entre los indios, los españoles y los criollos. Es notable el esfuerzo por reconstruir la vida interna de la Iglesia en México, pues, se abordan temas de la vida cristiana de los mexicanos; sin embargo, prevalece la dimensión institucional.

Los autores se detienen más en la transmisión y vivencia cristiana de los indígenas y se echa en falta una mayor atención a la transmisión de la fe a criollos y mestizos.

La segunda parte de la obra, «La Iglesia ante los nuevos estados», se articula, a su vez, en tres períodos: emancipación, la formación de los nuevos Estados y la reorganización de la Iglesia ante el Estado liberal. Los dos primeros capítulos están escritos por Luis Medina Ascensio; en el tercero intervienen Alfonso Alcalá Alvarado, Óscar Gutiérrez Baqueiro y Jean Pierre Bastian. Medina Ascensio presenta una Iglesia mexicana enraizada en la propia sociedad y cultura y unida a Roma: describe las actitudes del clero y del pueblo cristiano durante la emancipación; la actuación de Hidalgo y Morelos, la posición ante la independencia de los católicos, clérigos y laicos; las relaciones con Roma y el tema del Patronato; al desarrollar la Iglesia en la formación del Estado mexicano sigue de modo somero las vicisitudes de la Iglesia entre los sectores liberales y conservadores del país. Alcalá Alvarado desarrolla la etapa liberal [1860-73] y la política anticatólica gubernamental; interesante el relato de la intervención de los obispos mexicanos en el Vaticano I, decididamente infalibilistas; los años 1873-1900 son caracterizados como de despliegue institucional: nuevas diócesis, órdenes y congregaciones religiosas, prensa católica, educación y Universidades pontificias y la labor de los concilios provinciales y del plenario de América Latina. Por último se estudia la historia del protestantismo en México (1869-1914): Óscar Gutiérrez Baqueiro elabora los contactos iniciales protestantes por medio de la difusión de la Biblia en el país; Jean Pierre Bastian analiza la primera penetración protestante (1869-1914) llevada a cabo por misioneros procedentes de Estados Unidos.

Esta segunda parte de la obra enfatiza más la historia externa de la Iglesia: las relaciones Iglesia-Estado pasan a primer plano; falta un acercamiento a la fe y a la vida cristiana de los mexicanos de las distintas etnias: en efecto, aunque plantea con acierto temas como la presencia de los católicos mexicanos en la prensa, en la cultura y en la educación, la actividad desplegada por los Concilios provinciales y la participación mexicana en el Concilio Plenario de América Latina, sin embargo, las situaciones conflictivas con el Estado han balanceado excesivamente el estudio hacia aquella problemática. Refleja, a la vez, la carencia de buenas monografías que aborden la temática de la vida cristiana.

La tercera y última parte, «Hacia una Iglesia Latinoamericana», se compone de dos apartados: «El laicado y la cuestión social» [1900 a 1960], de Carlos Alvear Acevedo, con un subapartado sobre el protestantismo en México, de Jean Pierre Bastian; y «La Iglesia desde el Concilio Vaticano II y Medellín», suscrito por Jesús García. Alvear Acevedo se detiene en los conflictos Iglesia-Estado, describiendo brevemente la labor social de los católicos mexicanos. Jean Pierre Bastian analiza el desarrollo del protestantismo en México madurado en el proceso revolucionario. En el último apartado: «La Iglesia desde el Concilio Vaticano II y Medellín», Jesús García, sociólogo y experto del CEHILA, abarca la historia de los años 1962 hasta

1976, y lo hace desde una perspectiva testimonial, transmitiendo unas aportaciones-reflexiones sobre el compromiso socio-político de los católicos.

Ambos autores, con perspectiva diversa, coinciden en primar las relaciones externas de la Iglesia mexicana. Carlos Alvear Acevedo presenta a la Iglesia mexicana perseguida por el Estado. Jesús García relata las actuaciones de la jerarquía y de los católicos en clave socio-política y dialéctica¹⁰: Iglesia mexicana vs. Iglesia europea, progresista vs. conservadora. Se echa en falta, en esta tercera parte también, un acercamiento a la vida interna de la Iglesia; Jesús García alude en sus conclusiones «al actor mayoritario y anónimo de la historia y marcha de la Iglesia en nuestro país: el pueblo sencillo y sufrido, sin lenguaje muchas veces para hacerse oír [...] con una fe, hasta el momento, todavía firme y sincera»: sería una buena aportación para la historia de la Iglesia mexicana que se hubiera detenido en describir con la viveza que le caracteriza las manifestaciones y dimensiones de esa fe que detecta en el pueblo mexicano; en este sentido es sintomático, por ej. el silencio sobre las comunidades indígenas.

2. *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, coordinada por M^a Alicia Puente Lutteroth

a) *Criterios de periodización*

Una de las claves de la obra de M^a Alicia Puente Lutteroth es el intento de conceder un protagonismo en la historia de la Iglesia mexicana a los pueblos autóctonos, como aparece ya en la periodización: se le dedica uno de los tres apartados en que se estructura el estudio y, además, se introduce un apartado sobre los indígenas, «los pueblos dueños de estas tierras», en cada uno de los períodos historiados. Los títulos de los tres apartados son: primera época: El mundo autóctono; segunda época: La dependencia colonial: la Iglesia subordinada pero privilegiada (1519-1808); tercera época: La nueva dependencia.

Diez años después de la obra de Alcalá Alvarado, esta historia impulsada también por CEHILA, plantea en su estructura unas modificaciones respecto a la anterior: se intenta un acercamiento al mundo indígena; las relaciones Iglesia-Estado es el factor determinante de la periodización, y, por tanto, se trata de una historia externa; el juicio de la situación reciente de la Iglesia mexicana es negativo:

10. Es consecuente con la tesis presentada por el Autor de que «la problemática fe-política, Iglesia-Estado, es insoslayable y será siempre el termómetro de la vitalidad o inercia de la Iglesia» (p. 366).

la «nueva dependencia» ha sustituido a la anterior denominación: «Hacia una Iglesia latinoamericana».

b) *Criterios metodológicos*

M^a Alicia Puente Lutteroth, tal como refleja en la Introducción, estudia a la Iglesia «como la entidad dominante del conjunto religioso de Tenochtitlán hasta nuestros días»: no aparece con claridad la concepción de Iglesia de la que parte la autora y la distinción o no que le concede respecto a las religiones que se dieron en el ámbito mexicano¹¹. Quiere ser, afirma, una historia de la Iglesia entendida como pueblo de Dios, al que la Iglesia en ocasiones ha dejado oír su palabra liberadora y en otros momentos la ha dejado de decir. La autora realiza con ello una opción que proyecta una luz sobre los propósitos del trabajo.

Esta proyectada historia de la Iglesia vista desde el pueblo, no ha podido ser escrita como había sido concebida, afirma M^a Alicia Puente Lutteroth, por la dificultad de lograr las condiciones requeridas para hacerla posible. Había de ser escrita por historiadores no meramente «académicos», con una «visión novedosa» de los hechos narrados (p. 9); se precisaba una labor crítica de los documentos que, según sostiene Puente Lutteroth, «reflejan una visión convencional de historia de personajes e institución jerárquica» (p. 9); y, por último, persisten en el historiador «viejos hábitos que no se vencen de una vez por todas» (p. 9-10)¹². Nos encontramos así ante una historia que entraría en el género de la historiografía «comprometida», con una clave interpretativa previa. El resultado es una compilación de capítulos breves que terminan con una bibliografía sucinta, excepto los dedicados a los indígenas.

c) *La Iglesia de México en la obra de Puente Lutteroth*

Ante todo, hay una clara diferencia en la extensión con que se tratan las tres épocas estudiadas: se concede una especial importancia a la vida de la Iglesia en México desde la independencia hasta nuestros días; al «mundo autóctono» se dedican 37 páginas; la «dependencia colonial» ocupa 34 páginas; la «nueva dependencia» se extiende a lo largo de 166 páginas.

11. Afirma M^a Alicia Puente Lutteroth en una nota que, por razones de espacio, la introducción fue reducida de once a tres páginas: tal vez en la versión amplia se hubieran desarrollado los conceptos que echamos en falta.

12. Quizá en la versión completa de la Introducción se señalaría lo que la autora entiende por la «visión convencional» manifestada por las fuentes y por los «viejos hábitos» del historiador.

Historiografía reciente sobre la historia de la Iglesia en México

«El mundo autóctono», se articula en tres trabajos: Clodomiro Siller, doctor en antropología filosófica por la Pontificia Universidad Urbaniana, en «La religión indígena» presenta un horizonte religioso precristiano liberador del hombre, haciendo afirmaciones, por ej. sobre los sacrificios humanos, que contrastan con lo sostenido hasta ahora por la crítica histórica, sin aportar datos que lo justifiquen. Para el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, la labor evangelizadora supuso el exterminio del ideario indígena, como expresa en «La muerte de los dioses»; M^a Alicia Puente Lutteroth denuncia, en «Los pueblos dueños de estas tierras», la utilización por los cristianos del elemento religioso con fin dominador. Subyace en los tres estudios, un concepto de la Iglesia despojado de toda la dimensión trascendente de su mensaje de salvación.

La segunda época, «La dependencia colonial. La Iglesia subordinada pero privilegiada (1519-1808)», se compone de tres colaboraciones: Rafael Landerreche, graduado en Sociología por la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) y profesor de Historia sociopolítica de México en el Instituto Tecnológico Autónomo de México, es el autor de «Conquista y Evangelización»: desde una Iglesia entendida como «Iglesia de los pobres», presenta el quehacer evangelizador de la Iglesia en el siglo XVI como una contradicción en la que se confundirían en una sola historia lo político, lo militar lo cultural y lo social. Manuel Olimón Nolasco, profesor de la Pontificia Universidad de México, escribe «De la conquista espiritual a las reformas borbónicas», y sostiene las raíces cristianas de la cultura mexicana: en el siglo XVI la implantación de la Iglesia por los misioneros interiorizó la fe cristiana entre los naturales, logrando ese «sustrato radical católico» de la cultura mexicana; tras un siglo XVII de cultura barroca y estable, se describe el siglo XVIII, de gran efervescencia cultural, como la etapa de formación de la cultura criolla con tres notas distintivas: recuperación del México prehispánico; guadalupanismo y criollización del clero. Para M^a Alicia Puente Lutteroth, en «Los pueblos dueños de estas tierras (II)», el resultado de la acción evangelizadora de estos siglos es el despojo y la destrucción del mundo autóctono; el indígena se alza en rebelión contra el opresor. Son visiones contrapuestas en torno al tema.

«La nueva dependencia» es el título significativo de la tercera época de esta historia de la Iglesia en México que describe, desde una perspectiva externa los conflictos y acuerdos con el Estado. Alfonso Alcalá Alvarado, desarrolla «La Iglesia en busca de la autonomía» desde la independencia hasta 1833. Rodolfo Casillas, graduado de El Colegio de México y en historia de la Universidad Autónoma Metropolitana, suscribe «La discusión sobre el Patronato eclesiástico», y presenta los datos del clero mexicano durante la Independencia y la pugna del Estado republicano por el Patronato. Para Enrique Marroquín, antropólogo social e investigador de la Universidad Benito Juárez de Oaxaca, autor de «La génesis del Estado liberal (1824-1833)», el anticlericalismo liberal sería la respuesta a los controles teológicos inquisitoriales (p. 104). Luis Ramos, profesor de historia en la UNAM, en «Ascen-

so liberal. Intervención francesa. Consolidación del Estado mexicano (1840-1876)», sigue una descripción socio-política de los hechos conflictivos.

Al historiar el protestantismo mexicano, Rubén Ruiz Guerra, director del Archivo de la Iglesia Metodista en México, en «Historia del protestantismo 1870-1930», reivindica la misión eclesial de difundir la verdad evangélica: «la Iglesia está en el mundo para actuar en él, pero sin perder de vista su tarea fundamental» (p. 128); M^a Alicia Puente Lutteroth escribe «Repercusiones sociales de una política de conciliación. Iglesia y Porfiriato (1876-1910)», e interpreta en clave dialéctica la respuesta mexicana a la *Rerum novarum*, de León XIII: denuncia la contribución de los agentes eclesiásticos a la injusticia social del porfiriato, y destaca la aportación al cambio de programa político que hacen otros grupos vinculados con los desfavorecidos. La misma autora en «Los pueblos dueños de estas tierras (III)», afirma el olvido del indígena por el nuevo régimen independiente.

M^a Alicia Puente Lutteroth escribe con perspectiva similar los dos siguientes apartados: «Revolución mexicana. La Iglesia rechazada, perseguida y reconciliada. Conveniencia, prudencia o equivocación. La Iglesia en la Revolución Mexicana»: la jerarquía, denuncia, no tomó postura por los intereses de los desheredados mexicanos; y «Entre la sujeción y la autonomía. La Iglesia en el movimiento cristero»: interpreta el movimiento cristero como una reacción del pueblo, del laicado católico, contra la tradicional sujeción a la jerarquía; aunque los cristeros se definían como contrarrevolucionarios «por razones morales o moralistas», coincidían en sus propuestas sociales con los hechos revolucionarios.

Martalena Negrete, licenciada por la Iberoamericana y doctora por El Colegio de México, especialista en las relaciones Iglesia-Estado en México (1930-1940), sobre la que ha escrito una documentada monografía, da una síntesis ponderada de los años que siguieron a los acuerdos tras la guerra de los cristeros: las medidas antirreligiosas y la imposición de la escuela socialista, hasta llegar al *modus vivendi* de 1938; Enrique Marroquín, en «El precio de la conciliación (1945-1956)», denuncia la utilización del discurso religioso para la campaña anticomunista gubernamental. Jesús García, describe a «La Iglesia de México desde la creación del Celam hasta Puebla» como la pugna entre innovación y compromiso social vs ortodoxia.

Samuel Trujillo González, pastor de la iglesia presbiteriana de México, en «Nuevos grupos religiosos en México (1930-1989)», expone los principios doctrinales de la reforma protestante y vincula los planteamientos luteranos con una propuesta de compartir la vida con el pueblo. Luis Guzmán, en «Iglesia y sociedad en la crisis de los años ochentas», da una visión de los acontecimientos socio-políticos de estos años; sostiene acriticamente la convivencia y diálogo de marxismo y cristianismo (p. 221). M^a Alicia Puente Lutteroth en «Los pueblos dueños de estas tierras (IV)», afirma que aunque la dominación colonial intentó acabar con los indígenas (!) no lo alcanzó; la dominación sigue en la actualidad. Por último la misma autora escri-

be «Retrosos y avances recientes» sobre los años 1989 a 1993: denuncia la falta de compromiso socio-político de la jerarquía de la Iglesia, postura que, a su juicio, sería la raíz de los males atávicos del país.

Las dificultades que señalaba la autora en la Introducción se reflejan, en efecto, en el contenido de la obra, en donde aparecen colaboraciones con distinta perspectiva de interpretación. Prevalece en toda la obra un relato externo de la vida de la Iglesia, centrado en las relaciones con el Estado y, en la tercera parte, con la Sociedad. Además, algunas colaboraciones presentan a la Iglesia como una institución de dimensión salvífica intra-mundana. Falta, pues, una fundamentación teológica sobre la labor evangelizadora de la Iglesia: curiosamente la única breve aportación en esta línea la realiza Rubén Ruiz Guerra, al presentar el desarrollo del protestantismo. Interesante la perspectiva inculturadora de la Iglesia en México debida a Manuel Olimón Nolasco. La opción por «los pobres» ha predominado en la tercera parte del trabajo, pero en ella ha desaparecido la vida cristiana y el estudio de la fe incorporada al pueblo mexicano, mestizo o indígena.

3. *Historia de la Iglesia Católica en México*, de Roberto Blancarte

a) *Criterios de periodización*

Blancarte estructura su trabajo en ocho períodos cronológicos según unos criterios socio-políticos de periodización. La diferenciación de cada etapa viene dada por la posición que el autor aprecia en la jerarquía eclesiástica respecto al Estado y a la cuestión social; el libro termina en la fecha en que la revisión constitucional hacía prever el comienzo de una etapa con características singulares de la que no era posible aún establecer un perfil definitivo.

b) *Criterios metodológicos*

Se propone Blancarte estudiar «el pensamiento de la Iglesia católica en México, en especial de la jerarquía, a través de las cuestiones social y política» desde 1929 hasta 1982. El autor concede prioridad, por tanto, a las relaciones que la Iglesia, como institución social, establece con otros organismos de la sociedad: clases sociales, organizaciones y partidos políticos, movimientos sociales y también con el Estado. Advierte además que, para el período que estudia, la relación con el Estado ocupa el lugar preponderante entre toda la gama de relaciones señaladas.

El estudio de Blancarte, siguiendo la tendencia que señalamos ya en las dos historias precedentes, se centra, pues, en las relaciones Iglesia-Estado. Ahora bien, la perspectiva en que Blancarte estudia a la Iglesia es diversa, pues lo va a hacer,

a nivel sociológico, prescindiendo de la dimensión salvífica; Blancarte reconoce en la Iglesia una dimensión espiritual, pero señala que no será objeto de su estudio. Así afirma que, abandonando posiciones ideológicas, pretende realizar un estudio desapasionado sobre la materia: una historia y sociología secular, apartándose de la historia pastoral o «comprometida». Ésta última, expresa Blancarte, elaborada por los actores del debate eclesial, tiende a dar una imagen desequilibrada de la Iglesia en México, al privilegiar «los factores más dinámicos del conjunto de la Iglesia, menospreciando el peso de los factores de estabilidad e inmovilismo» (p. 12).

Centra Blancarte su estudio sobre el pensamiento de la jerarquía y de las cúpulas de las organizaciones eclesiales, y lo acota así por su importancia clave ya que la Iglesia, afirma, no es una institución democrática ni pretende serlo (p. 26). Propone un modelo interpretativo que supere el esquema dialéctico que divide el mundo eclesial en conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, y busque lo que hay en el pensamiento de la jerarquía que permita considerar si se dio una unidad de acción en el espacio temporal, de larga duración que se estudia.

Para resolver la hipótesis planteada realiza una investigación con aportes valiosos de fuentes documentales no estudiadas, de las publicaciones periódicas de las fechas y también con testimonios orales de protagonistas de los sucesos narrados.

c) *La Iglesia de México en la obra de Roberto Blancarte*

Blancarte realiza, como era su propósito, un estudio de los hechos y situaciones que narra. Por ej., al analizar el período 1929-1938, define la postura de la jerarquía en los arreglos cristeros no como una repulsa o traición a los combatientes, sino como una diversa estrategia para obtener los objetivos del levantamiento; en esta línea se sitúa el impulso de la jerarquía a las organizaciones eclesiales, especialmente a la Acción Católica, y la formación de las conciencias, ya que se le enfrenta un Estado dispuesto, en frase de Calles [Guadalajara, 1934], «al nuevo período de la revolución, que yo llamaría el período revolucionario psicológico; debemos entrar y apoderarnos de las conciencias de la niñez, de las conciencias de la juventud» (p. 32).

El ámbito de la educación y el de la cuestión social serán los puntos más conflictivos de las relaciones Iglesia-Estado; y en él sitúa Blancarte el *modus vivendi* que define como «el acuerdo oficioso establecido entre Estado e Iglesia entre 1938 y 1950 (con base en una común visión nacionalista), mediante el cual la Iglesia abandonó la cuestión social en manos del Estado a cambio de la tolerancia en materia educativa» (p. 21).

La etapa del *modus vivendi*, es contextualizada como período del nacionalismo anticomunista: la Guerra Mundial es factor clave en las relaciones con el Estado; la Iglesia continúa su labor doctrinal y realiza un considerable esfuerzo editorial im-

Historiografía reciente sobre la historia de la Iglesia en México

pulsando la prensa católica que difunde la doctrina católica por todo el país (pp. 65-68). 1950-1958 son unos años que no han sido suficientemente estudiados, a pesar de suponer un giro importante en la realidad mexicana: en estos años entra en crisis por vez primera el *modus vivendi* en la cuestión social, ya que la jerarquía cuestiona el modelo liberal del desarrollo mexicano origen de un capitalismo injusto (Carta pastoral del 15 de mayo de 1951), y promueve iniciativas sociales cristianas.

La Iglesia mexicana en torno al Concilio Vaticano II: los años 1959-1962 son de preparación y en ellos se nota ya la influencia del CELAM y de las relaciones de la Iglesia de México con otras Iglesias latinoamericanas: ante la crisis cubana hay una decidida reacción anticomunista. El conflicto por los libros de texto únicos, se plantea en el contexto de los derechos en la educación. Los años 1962-1968, en los que México recibe la doctrina conciliar, son años de profundas transformaciones: la Iglesia acomete con renovada energía su proyección sobre la sociedad y aparecen en el cuerpo eclesial sectores de disidencia.

Tiempos de revuelta son los años 1968-1973: continúan con vigor las expresiones de los grupos disidentes que en el Reformismo eclesial (1974-1978) experimentarán un giro notable: son años de reflexión y cohesión en el seno de la Iglesia mexicana; la jerarquía mexicana opta por una intervención decidida en la sociedad, oponiéndose a la política de control demográfico del Estado, a la nueva edición del libro de texto único y a la agresión militarista.

Por último, 1978-1982 son los años de Puebla, de la visita de Juan Pablo II, de la pastoral regional; la Iglesia mexicana continúa presente en el debate que la sociedad y el Estado se plantean, como es el proyecto de la ley del aborto en 1980, y se perfila la revisión de los artículos constitucionales que configuran las relaciones Iglesia-Estado.

En resumen, Blancarte hace un estudio sociológico de la Iglesia en México; estudio que se ha ceñido al pensamiento de la jerarquía en temas socio-políticos. En este sentido, escapa a su trabajo todo atisbo de la historia de la Iglesia entendida como camino de salvación, con una dimensión trascendente. En el nivel de su análisis, que realiza con objetividad, se acerca a dimensiones de la verdad de la Iglesia. Así cuando atisba la dimensión de unidad de la Iglesia al afirmar que, a lo largo del recorrido que estudia, la Iglesia mexicana ha debido modificar su actitud y adoptar ciertos cambios, pero que lo ha hecho sólo en la medida en que ello favorece su fortalecimiento. O la afirmación de que si en el Concilio Vaticano II la Iglesia se dotó de nuevas armas para comprender el mundo moderno [se entiende secularizado] fue sobre todo para mejor combatirlo. De esa manera, si dicho acontecimiento significó un rompimiento con el pasado para la Iglesia, también fue una renovación que permitió la continuidad y la permanencia de lo esencial del pensamiento social católico.

4. Conclusiones

Las tres obras examinadas, evidencian el interés actual por los temas de historia de la Iglesia en el horizonte cultural mexicano. Alcalá Avarado ha logrado un buen manual, de referencia obligada para los estudiosos del tema y para los especialistas que deseen situar sus trabajos en un buen contexto de la historia eclesiástica. Blancarte pone a la disposición del lector los resultados de una investigación construida con solidez sobre un tema novedoso y bien resuelto, que incorpora una rica gama de nuevos datos. La obra de M^a Alicia Puente Lutteroth es una obra más testimonial, escrita en parte por historiadores no académicos, que presenta una historia de la Iglesia que opta por el pobre, en una visión dialéctica (colonizadores vs indígenas; ricos vs pobres, etc.) que no es mantenida por los catorce colaboradores.

Todas ellas incorporan valiosas aportaciones que habrán de ser tenidas en cuenta por la historiografía posterior; evidentemente la calidad científica es superior en la obra coordinada por Alcalá Alvarado y en la escrita por Blancarte. Alcalá Alvarado, especialmente en el apartado dedicado a la Iglesia durante la colonia, presenta estudios documentados sobre la vida cristiana en los pueblos evangelizados y sobre la práctica religiosa en ambientes urbanos; en los apartados sobre la Iglesia en el México independiente se privilegian los temas de la historia externa de la Iglesia. En ello coincide con los otros dos trabajos, que abordan, principalmente, la relación que la Iglesia establece con el Estado y, en el caso de Blancarte, su postura frente a la problemática social. Por lo mismo, constituyen historias de la Iglesia vistas en su proyección externa.

Con ese enfoque, la mayoría de los autores se acercan a la Iglesia como grupo o institución que se relaciona con otros grupos o instituciones: el Estado, las asociaciones, los partidos políticos, etc. y, son precisamente esas relaciones las que constituyen objeto de análisis. La obra de Puente Lutterboth y el capítulo de Jesús García en la *Historia* de Alvarado, centran sus relatos testimoniales en las actuaciones y posturas sólo de algunos sectores: es sintomático, por ej. que no se conceda mayor protagonismo al indígena como sujeto de la historia de la Iglesia mexicana: aunque Puente Lutteroth reivindica su intención de hacerlo, no historia de hecho la incorporación de la vida cristiana por las comunidades indígenas.

En esta perspectiva de análisis con que las obras estudiadas afrontan la historia de la Iglesia en México, encontramos las huellas de la renovación metodológica en la historiografía mexicana de la Iglesia que ha incorporado técnicas y modos de hacer historia procedentes de los campos de la Sociología¹³, de la Eco-

13. Además de Roberto Blancarte, un buen número de especialistas mexicanos sobre temas eclesiásticos, entre los que se encuentran, Joaquín Galarza, Jesús Tapia, Jean Pierre

nomía¹⁴, y de la Antropología¹⁵. Se perciben, asimismo, los debates presentes en la cultura mexicana: los planteados por el indigenismo, y los procedentes de sectores afines a la TL¹⁶; en otro orden de cosas, la revisión de los artículos de la Constitución mexicana de 1917 en materia religiosa ha sido ocasión para una profusión de estudios sobre las relaciones Iglesia-Estado, que las obras analizadas no pueden dejar de reflejar.

En resumen, se han dado pasos muy notables en la reconstrucción de la historia de la Iglesia en México. Para que los resultados sean cada vez más enriquecedores, parece muy conveniente que la investigación mexicana sobre la historia de la Iglesia profundice en la naturaleza propia de su objeto de estudio¹⁷. Esa consideración teológica de la naturaleza de la Iglesia podrá contribuir, además, a evitar un cierto anacronismo histórico que, en ocasiones, aplica al estudio del pasado cate-

Bastian, Soledad Loaeza, Alicia Bazarte, son graduados de la École des Hautes Études en Sciences Sociales [EHESS], de Paris; la presencia en México del Centro de Estudios Mexicanos y Centro-Americanos, de la Embajada de Francia, y la labor realizada en él por su anterior Director Jean Meyer, han tenido una impronta notable en esta línea.

14. Aquí se insertan, por ej., los estudios anglosajones sobre la temática eclesiástica, como los procedentes del área inglesa, entre los que destaca la aportación de David A. Brading quien, después de hacer la historia económica de la Nueva España borbónica, se ha interesado por la temática de la religiosidad. En esta línea se sitúan los estudios de Michael Costelloe, Nancy Farriss. Desde el área norteamericana son de señalar los nombres de J. F. Schwaller y de G. W. Grayson.

15. Cfr. por ej. los casos Clodomiro Siller y de Eduardo Matos Moctezuma, que colaboran en el libro de Puente Lutteroth. Si bien es cierto que los estudios antropológicos pueden proporcionar datos y elementos enriquecedores para el historiador de la Iglesia, su empleo habrá de hacerse con amplitud de perspectivas. Por ej., Joseph Lortz ha puesto de manifiesto la dificultad de los estudios de la historia del cristianismo estableciendo «paralelos» con la religiosidad pagana, al tratar sobre la evangelización de los germanos. Para este historiador de la Iglesia, los presuntos «paralelos» (Odín en el patíbulo de la Weltesche [fresno del mundo] = Jesús en la cruz) no resisten a una investigación desapasionada. Viven sólo gracias a un método peligrosísimo que, aplicado al revés, conduce necesariamente a una devaluación sincretista del cristianismo: Joseph LORTZ, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, I. *Antigüedad y Edad Media*, trad. castellana A. Andreu Rodrigo, Ed. Cristiandad, Madrid 1982, p. 217.

16. Graduados de la Universidad de Lovaina son M^a Alicia Puente Lutteroth y Jesús García: los más destacados exponentes de esta línea de planteamiento.

17. Esta situación refleja, en el caso mexicano, el aún no resuelto debate sobre la condición teológica o histórica de la Historia de la Iglesia: Cfr. M. RAMOS MEDINA-C. GARCÍA AYLUARDO, *Manifestaciones Religiosas en el Mundo Colonial Americano*, I, Universidad Iberoamericana-INAH-Condumex, México, 1992.

Elisa Luque Alcaide

gorías actuales¹⁸, y proporcionará una buena perspectiva al abordar los temas de la evangelización¹⁹.

Elisa Luque Alcaide
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 PAMPLONA

18. Cfr. por ej. la valoración de la evangelización basada en su aceptación o rechazo de las «estructuras de poder»: vid. Rafael Laderreche en M. A. PUENTE LUTTEROTH (ed.), *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, *op. cit.*, pp. 51-66.

19. En el tema de la evangelización, el historiador de la Iglesia mexicana, siguiendo las huellas de los primeros cronistas evangelizadores, se ha interesado por las creencias y la religiosidad del indígena; ahora bien, los misioneros del XVI y del XVII acudían al estudio etnográfico para predicar el Evangelio con mayor eficacia, algunos de los estudios recientes de la historia de la Iglesia, parten de la consideración negativa de la predicación del Evangelio, considerándola perturbadora (!) de la primitiva religiosidad: cfr. Eduardo Matos Moctezuma, en M. A. PUENTE LUTTEROTH (ed.), *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, *op. cit.*, pp. 33-43.